

¿Por qué San Juan llama Paráclito al Espíritu Santo?

Why is The Holy Spirit Called "Paraclete" in The Gospel of John?

Resumen

El evangelio de Juan sorprende a los lectores con la novedosa mención del Paráclito, figura que no vuelve a aparecer en ninguna otra obra del Nuevo Testamento. Muchos lectores piensan que se trata del Espíritu Santo. Sin embargo, una lectura más cuidada y detallada del texto nos descubre que el autor tiene en mente otra cosa. En el presente artículo se analizan los cinco textos que el evangelio de Juan ofrece sobre el Paráclito, e intenta explicar qué se esconde detrás de esta figura. Al final se hace una aclaración sobre este personaje y el dogma de la Santísima Trinidad.

Palabras claves: Espíritu Santo; Paráclito, evangelio de Juan, parusía, última cena.

Abstract

The Gospel of John surprises readers with the original mention of the Paraclete, a figure we do not find again in any other work of the New Testament. Many readers think he is referring to the Holy Spirit. However, a more careful and detailed reading of the texts reveals that the author has something else in mind. This article analyses the five texts the Gospel of John offers about the Paraclete and attempts to explain what is hidden behind this figure. At the end, clarification is made about this character and the dogma of the Holy Trinity.

Keywords: Holy Spirit, Paraclete, Gospel of John, Parousia, Last Supper.

A punto de marcharse

Cuando Jesús se despidió de sus discípulos, en la última cena, les anuncia la llegada de un extraño personaje que vendrá cuando él se vaya: el Paráclito. Se trata de una figura insólita, ya que no vuelve a aparecer nunca más en ninguna otra parte del evangelio de Juan, ni en ningún otro evangelio, ni en ningún otro libro del Nuevo Testamento.

¹ Ariel Álvarez Valdés, doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor de Sagradas Escrituras en varios institutos de enseñanza religiosa, tanto católicos como protestantes. Fundador y presidente de la Fundación para el Diálogo entre la Ciencia y la Fe.

¿Quién es este Paráclito? Afortunadamente para nosotros, el mismo evangelista lo aclara: es el famoso Espíritu Santo (Jn 14,26).

¿Pero por qué Juan le cambia su nombre tradicional, en la última cena?

En realidad, en la primera parte de su evangelio lo menciona con su nombre más conocido: “el Espíritu”. Eso se debe a que en esta sección le atribuye las funciones tradicionales: bajar sobre Jesús (Jn 1,33), hablar por Jesús (Jn 3,34), producir un nuevo nacimiento (Jn 3,5), dar vida (Jn 6,63). Pero en la última cena, cuando Jesús se despide, anuncia que debido a su ausencia el Espíritu Santo desempeñará funciones inéditas y originales que nunca antes había realizado. El cambio de esa misión será tan radical, que Juan prefirió modificarle el nombre, y en vez de llamarlo de la manera habitual, lo denomina el Paráclito.

¿Qué significa Paráclito? ¿Por qué Juan concibió esta nueva figura? ¿Cuáles son las tareas que debe desarrollar? ¿Está aquí anunciado el dogma de la Santísima Trinidad?

Una labor inesperada

El término Paráclito viene de un verbo griego formado por dos palabras: *pará* (al lado de) y *kaléo* (llamar). Significa “el que es llamado para estar al lado” de alguien. Designa a la persona que se convoca para que desempeñe una función al servicio de otra. Algunas Biblias lo traducen por “abogado”, “consejero”, “defensor”, “intercesor”². Pero en realidad cualquiera de esos términos empobrece la actividad que el Paráclito desempeña en el evangelio de Juan. Esta es mucho más rica y compleja. Por eso es preferible, como hacen otras Biblias, dejar el término griego “Paráclito” sin traducir, para resaltar su originalidad y no reducir sus funciones.

¿Cuál es la misión del Paráclito en el evangelio de Juan? Antes de ver qué dicen los textos, adelantemos ya la respuesta. Para Juan, el Paráclito no es otro que el mismo Jesús, que regresa a sus discípulos.

En efecto, durante la última cena Jesús se despide de sus amigos (Jn 13-17). Entonces pronuncia allí un sermón, que será su testamento. Les dice que no los dejará solos, porque va a volver (Jn 14,18). Pero aquí está la gran novedad de Juan: mientras en los sinópticos Jesús anuncia que volverá personalmente (Mt 16,27; Mc 13,26; Lc 9,26), y Lucas lo reitera incluso de forma más clara en los Hechos de los Apóstoles (Hch 1,11), para Juan el regreso de Jesús se produce en el Paráclito. Esa es su nueva presencia entre los discípulos. En consecuencia, la figura a la que Juan llama el Paráclito viene a ser el Espíritu Santo, pero con un cometido especial: concretamente, ser la manifestación personal de Jesús entre

² La Biblia Reina Valera lo llama Consolador; la Biblia Latinoamericana: Protector; la Traducción del Nuevo Mundo: Ayudante; Dios Habla Hoy: Defensor; la Biblia Hispanoamericana: Abogado; La Santa Biblia de Mons. Straubinger: Intercesor.

los cristianos cuando él se haya ido a la casa del Padre. La promesa que Jesús hace a sus discípulos de volver a ellos se cumplirá en el Paráclito.

Para Juan, pues, el Paráclito representa la segunda venida de Jesús. No por casualidad, después anunciar la futura llegada del Paráclito, Jesús dice: *“Volveré a ustedes; no los dejaré huérfanos”* (Jn 14,18).

Programando la vuelta

El Paráclito, pues, es la nueva manifestación de Jesús en la tierra. Esto se ve en el primer anuncio que Jesús hace sobre la aparición del Paráclito. Les dice a sus discípulos: *“Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos; y yo pediré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté con ustedes para siempre”* (Jn 14,15-16).

¿Por qué habla de “otro” Paráclito? Porque para la teología joánica ya hubo un primer Paráclito, que es Jesús. Lo dice la Primera carta de Juan: *“Hijos míos, les escribo esto para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos un Paráclito ante el Padre: a Jesucristo, el Justo”* (1Jn 2,1).

Esta es la única vez que el título Paráclito aparece fuera del cuarto evangelio, y se refiere claramente a Jesús. Él es el primer Paráclito. Pero lamentablemente para sus seguidores, él debía marcharse de este mundo. Por eso les anuncia que va a volver. Pero lo hará de una manera nueva y distinta: en el Paráclito. En cierto modo, el Paráclito es la novedosa forma que Jesús tiene de manifestarse en medio de sus discípulos. Por eso lo anuncia inmediatamente antes de irse.

¿Cuáles son las funciones que el Paráclito desempeñará cuando venga? Jesús las enumera en cinco textos, todos ellos durante la última cena (Jn 14,15-17; 14,25-26; 15,26-27; 16,7-11; 16,12-15).

La misión de acompañar

El primer anuncio del Paráclito, según el evangelio, lo hace Jesús al contemplar la tristeza de sus discípulos por su inminente partida (Jn 14,1). Les dice, entonces, que no se angustien, porque: *“El Padre les dará otro Paráclito, para que esté con ustedes para siempre: el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir; porque no lo ve ni lo conoce”* (Jn 14,15-17).

Hasta ese momento Jesús no se había despegado ni un momento de sus discípulos. Había estado permanentemente al lado de ellos, enseñándoles y orientándolos. Pero cuando se enteran de su próxima muerte, los invade la duda de si podrán continuar solos, sin el Maestro. Para tranquilizarlos, Jesús les asegura que pronto vendrá sobre ellos el Espíritu Santo para acompañarlos. Pero con dos importantes precisiones.

La primera, es que ese Espíritu no vendrá como lo venía haciendo tradicionalmente el Espíritu Santo, es decir, como una fuerza o una energía divina.

Lo hará como “otro Paráclito”. Eso significa que bajará representando a Jesús, que fue el primer Paráclito. La única diferencia, con respecto a Jesús, es que no tendrá una apariencia corporal y visible, sino que habitará entre los discípulos de manera espiritual.

La segunda precisión es que esa nueva presencia de Jesús como Paráclito será definitiva, y ya no se separará más de ellos.

Tenemos así precisada la primera tarea del Paráclito: bajar sobre los discípulos y permanecer con ellos para siempre. Algo que nunca antes se había dicho del Espíritu Santo.

La misión docente

Pero la función del Paráclito no es meramente pasiva. Lo vemos en el segundo texto: “*Les he dicho estas cosas estando entre ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho*” (Jn 14,25-26).

Aquí aparece la segunda misión del Paráclito: enseñar a los discípulos. Jesús ya les había enseñado muchas cosas, pero su instrucción había quedado incompleta. Aún le faltaba mucho por decirles (Jn 16,12). El Paráclito, que tiene que venir, será quien continúe esas enseñanzas. Pero la gran novedad está en que no les enseñará cosas nuevas, sino que les “recordará” lo que Jesús ya les había dicho. La actuación del Paráclito será una continuidad de la de Jesús. Mejor dicho, será el mismo Jesús, convertido en Paráclito.

Esta idea era muy importante para la comunidad joánica. Porque su evangelio incluía varios sermones de Jesús sumamente originales e incluso extraños, como el del buen pastor (Jn 10,1-18), el pan bajado del cielo (Jn 6,32-51), la serpiente del desierto (Jn 3,13-36) o Jesús trabajando como Dios (Jn 5,19-47), que no habían sido pronunciados realmente por Jesús, sino que eran reflexiones posteriores del evangelista puestas en boca de Jesús. Al decir que el Paráclito había bajado a la comunidad, y es-taba enseñando en nombre de Jesús, quedaba garantizado que lo que se había escrito en el evangelio de Juan, a fines del siglo I, estaba en continuidad con lo que Jesús mismo había enseñado en su época. El cuarto evangelio era solo una profundización del anuncio hecho por Jesús en su momento.

Incluso la promesa del Paráclito abría nuevas perspectivas a la comunidad, pues mostraba que las enseñanzas de Jesús no tenían que ser repetidas de igual manera, hasta el fin del mundo. Se podía ir aclarándolas y completándolas, según las nuevas circunstancias. El Paráclito permitiría verlas bajo nuevas luces, en cada situación.

La misión forense

El tercer texto sobre el Paráclito aparece en el capítulo siguiente: “*«Cuando venga el Paráclito, que yo les enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. También ustedes darán testimonio, porque están conmigo desde el principio»*” (Jn 15,26-27).

La función del Paráclito se va haciendo cada vez más compleja. Ya no se limita al interior de la comunidad, como las dos anteriores, sino que debe proyectarse hacia afuera. Ahora tiene que llevar a los discípulos a dar testimonio de Jesús. Se trata de una función forense, ya que se refiere al testimonio que se daba en un juicio. El testigo era aquel que, en un tribunal, se presentaba para contar lo que había visto y conocido de por experiencia. Los discípulos tenían que dar testimonio de que conocían a Jesús. Pero no al Jesús histórico. Cuando se escribió el evangelio de Juan, a fines del siglo I, no quedaba nadie que hubiera conocido a Jesús. El testimonio que debían dar era que Jesús estaba vivo, resucitado, y era Hijo de Dios. Un testimonio nada fácil en una sociedad como Éfeso, repleta de filósofos, sabios e intelectuales, donde presentar a un hombre humillado y ejecutado vergonzosamente en una cruz por las autoridades, como representante de la divinidad, era poco menos que risible. Pero para eso tenían el Paráclito.

Un detalle interesante. El texto dice “*El Espíritu... él dará testimonio*”. En griego, “espíritu” es un sustantivo neutro. Por lo tanto, al decir “él dará”, debería usar un pronombre neutro. Sin embargo usa el pronombre “él” masculino (*ekéinos*). Y lo mismo hace en 16,7.8.13.14. Esto confirma que, para Juan, el Espíritu no era simplemente la fuerza o el influjo tradicional conocido: era la persona misma de Jesús.

La misión convincente

La cuarta función del Paráclito es más complicada todavía. “*«Les conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito. Pero si me voy, se los enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio. En lo referente al pecado, porque no creen en mí. En lo referente a la justicia, porque me voy al Padre y ya no me verán. En lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está condenado»*” (16,7-11).

Ante todo, se confirma una vez más que el Paráclito no es otro que Jesús, que se presenta de una manera diferente. Por eso no es posible que actúen los dos simultáneamente. Para que el Paráclito pueda aparecer, tiene que marcharse Jesús. Y esto les conviene a los discípulos, porque la venida del Paráclito inaugurará una nueva época, más gozosa y plena que la que ellos vivieron al lado de Jesús. No hay que añorar el pasado, sintiendo nostalgia de la época de Jesús. Para Juan, la época del Paráclito es un progreso.

A continuación, anuncia la cuarta misión del Paráclito, también hacia afuera de la comunidad: ayudar a los discípulos a “convencer” (*alénjo*) al mundo. Este verbo también es de uso forense, y significa “demostrar ante los jueces”, “presentar pruebas irrefutables”. Ya no se trata, como en la tercera función, simplemente de dar testimonio, sino de presentar pruebas evidentes ante el mundo. ¿Sobre qué deben presentar pruebas y convencer los discípulos? Sobre tres temas: a) que los que no creen en Jesús viven con una grave deficiencia en sus vidas; b) que la muerte de Jesús como malhechor fue una verdadera injusticia, ya que Dios lo terminó llevando a su lado; c) que las fuerzas del mal ya no dominan sobre la humanidad.

La misión completiva

Antes de acabar su discurso, Jesús anuncia la quinta misión del Paráclito: *“Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no pueden con ellas. Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, los guiará hasta la verdad completa. No hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y les anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque tomará de lo mío y les anunciará a ustedes”* (16,12-15).

La última tarea del Paráclito consiste en guiar a los discípulos “hasta la verdad completa”. Antes, Jesús había dicho que ya les había enseñado todo (Jn 15,15), y que el Paráclito solo les “recordaría” sus enseñanzas. Pero esa afirmación daba pie a que la comunidad pensara que ya no tenía nada que aprender, y que nadie podía enseñarles algo nuevo, cayendo en la soberbia intelectual. Para evitarlo, añade que en realidad ellos no tienen la verdad total, y que el Paráclito los irá conduciendo hacia ella.

Esta nueva afirmación daba pie a otro peligro: pensar entonces que podrían aparecer nuevas revelaciones y nuevos anuncios que no pertenecieran a las enseñanzas de Jesús. Por eso Jesús aclara que el Paráclito *“tomará de lo mío para anunciarles a ustedes”*. Es decir, las enseñanzas del Paráclito también pertenecen a Jesús.

Resulta admirable el malabarismo que el evangelista tuvo que hacer para aceptar que pudieran aparecer nuevas enseñanzas (las de la comunidad joánica del siglo I) sin que se las considerara extrañas a Jesús.

Por dos incertidumbres

El autor del evangelio eligió estos cinco rasgos o características especiales, y con ellas elaboró la figura del Paráclito, que no es otro que Jesús presente de una manera nueva en medio de sus discípulos. Pero ¿por qué tuvo que crear Juan esta figura? Probablemente debido a dos graves problemas que afrontaba su comunidad.

El primero era la muerte de los testigos oculares, en especial del Discípulo Amado, fundador de la comunidad. Ellos habían sido el vínculo entre Jesús de Nazaret y la Iglesia posterior. Ellos habían interpretado el pensamiento de Jesús, actualizado su doctrina y recordado lo que este había enseñado, ante las nuevas circunstancias y desafíos que se presentaban. Habían sido la garantía de que Jesús seguía presente entre ellos. ¿Cómo seguir sin el apoyo de esos testigos?

Ante este problema, la respuesta fue: el Paráclito. Al irse Jesús, había bajado el Paráclito a la comunidad, y él ahora hablaba y enseñaba en nombre de Jesús. Más aún: si los testigos presenciales habían guiado en su momento a la Iglesia, no fue por los recuerdos personales que tenían de Jesús, sino porque el Paráclito los había iluminado. Y ese mismo Paráclito seguía actuando en todos los cristianos que amaban a Jesús y cumplían sus mandamientos (Jn 14,17). Los nuevos cristianos no estaban más lejos de Jesús que los primeros cristianos. Gracias al Paráclito, todos estaban al mismo nivel de conocimiento del Maestro.

El otro problema que tenía la comunidad joánica era el de la demora de la segunda venida de Jesús. Se había esperado su retorno antes de la muerte del Discípulo Amado (Jn 21,23), pero su muerte ya se había producido y Jesús no había regresado. ¿Por qué demoraba en volver?

Frente a este planteo, la respuesta era de nuevo: el Paráclito. No habrá una segunda venida de Jesús, porque él ya ha vuelto, aunque de una manera sorprendente, en el Paráclito. Los cristianos ya no tienen que vivir mirando al cielo, a la espera de que aparezca el Hijo del Hombre. A Jesús lo encuentran presente en la comunidad, en medio de todos los creyentes, como Paráclito.

Plataforma de la Trinidad

En el evangelio de Juan, como vimos, el Paráclito no es alguien distinto de Jesús. Su venida, al marcharse Jesús, no había que entenderla como la sustitución de una persona por otra, sino la sustitución de “un modo de estar” por otro. Sin embargo, como su figura tenía rasgos tan especiales, distintos a los del Espíritu tradicional, y casi personalizados, la Iglesia posterior interpretó que se trataba de una persona diferente de Jesús, una tercera persona de la divinidad. Así, poco a poco se fue independizando de Jesús, y nació la idea de la Santísima Trinidad.

Uno de los primeros en hablar de ella fue el filósofo cristiano Atenágoras de Atenas, en su obra *Súplica en favor de los cristianos* (del año 178), aunque sin usar la palabra “Trinidad”. El primero en emplearla en griego (*trias*) fue el obispo Teófilo de Antioquía, en su libro *A Autólico* (del año 180). Y el primero en usarla en latín (*trinitas*) fue el teólogo Tertuliano, escribiendo *Sobre la modestia* (en el 215). A partir de aquí se fue difundiendo la idea de la Trinidad. Finalmente, el Concilio de Constantinopla (del año 381) declaró que el Espíritu

Santo Paráclito era una persona distinta del Padre y del Hijo, y así nació para la cristiandad el dogma de la Santísima Trinidad.

Por supuesto, la Iglesia tiene derecho a elaborar su propia teología y a tener sus propios dogmas. Pero los lectores de la Biblia, cuando lean los pasajes joánicos del Paráclito, deben saber que no se refieren a la tercera persona de la Trinidad como se la entiende hoy, sino a la nueva presencia de Jesús después de su partida de este mundo. Deben hacer el esfuerzo de interpretar lo que quiso decir el autor, y no lo que leyeron los teólogos posteriores.

Referencias bibliográficas

- BEUTLER J. (2016), *Comentario al evangelio de Juan*, Estella, Verbo Divino.
- BROWN R.E. (1999), *El evangelio según Juan. XIII – XXI*, Madrid, Cristianidad.
- BROWN R.E. (2010), *El evangelio y las cartas de Juan*, Bilbao, Desclée De Brouwer.
- CARSON D.A. (1979), “The Function of the Paraclete in John 16:7-11”, *JBL* 98 (1979) pp. 547-566.
- CASTRO SÁNCHEZ S. (2001), *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*, Bilbao, Desclée De Brouwer.
- JOHNSTON G. (2005), *The Spirit-Paraclete in the Gospel of John* (Society for New Testament Studies Monograph Series, Series Number 12), Cambridge, Cambridge University Press.
- KAMMLER H.-C. (1996), “Jesus Christus und der Geistparaklet. Eine Studie zur johanneischen Verhältnisbestimmung von Pneumatologie und Christologie.” En: Hofius O. –Kammler H. C. (eds.), *Johannesstudien. Untersuchung zur Theologie des vierten Evangeliums*, Mohr Siebeck: Tubinga, pp. 87-190.
- LEÓN-DUFOUR X. (1995), *Lectura del evangelio de Juan: Jn 13-17*. Volumen III, Salamanca, Editorial Sígueme.
- MIGUENS M. (1963), *El Paráclito (Jn 14-16)* (Studii Biblici Franciscani Analecta 2), PP. Franciscan: Jerusalén.
- PASTORELLI D. (2006), *Le Paraclet dans le corpus johannique*, BZNW 142, Berlín.
- TRAGAN P.-R. (2019), *Nadie ha visto nunca a Dios. Una guía para la lectura del evangelio de Juan*, Estella, Verbo Divino.
- ZUMSTEIN J. (2016), *El evangelio según Juan (13-21)*, Salamanca, Cristianidad.